

# CUENTOS CON CONCIENCIA

En el mes en que se celebra el Día del Libro, nos preguntamos cómo enfrenta la literatura infantil y juvenil conflictos sociales como el drama de los refugiados, la diversidad de género o el respeto entre compañeros en el aula. La *literatura con valores* aborda estas realidades sin olvidar que, ante todo, su principal misión es satisfacer el placer de leer.

RUBÉN MADRID  
@Rb\_Madrid

Hay una literatura infantil y juvenil sin tantos duendes, dragones y princesas, que se parece al mundo de ahí fuera: un universo con refugiados que huyen del hambre y de la guerra, compañeros de clase que sufren acoso escolar, padres separados y niños y niñas que se encierran en su propio sufrimiento por creer que el color de su piel, su barriga o unos modales más refinados les hacen peores. Estos cuentos y álbumes ilustrados, que casi siempre llevan la etiqueta de *literatura con valores*, se distinguen porque tienen un mensaje. A veces, de manera muy evidente; otras, de un modo menos obvio. Son historias con alma, cuentos con conciencia.

*Sin agua y sin pan* es uno de ellos. Lo ha editado la editorial **Nubeocho** y

parte de su precio para va a financiar el trabajo de Amnistía Internacional. El álbum relata la relación entre un grupo de refugiados y otro de personas que les niega la acogida. Están separados por una alambrada y, a cada lado, el mundo es de diferente color: azul y naranja. La historia, escrita por **Luis Amavisca** e ilustrada por **Guridi**, cuenta un drama horrible con arte y optimismo. “Este bello libro, en su modestia, puede ayudar a cambiar el mundo”, ha dicho la periodista y escritora **Rosa Montero**.

Las colecciones del catálogo de Nubeocho, firma surgida en 2012, resultan toda una declaración de intenciones. *Guisante azul* fomenta valores como la tolerancia y el respeto; *Egalité* ofrece títulos que tratan sobre la igualdad;

*Somos8*, “sobre experiencias, sensaciones y dificultades que implican una separación o comprensión especial”...

Entre las páginas de estas colecciones hay familias con dos papás o un cocodrilo con un *emocionómetro* para que los niños y niñas aprendan a calibrar el amor, la tristeza, el asco, el miedo o la envidia. Es el mundo de ahí fuera, el real, en el que los personajes combaten complejos totalmente humanos, como la falta de autoestima que sufre el zorro de *Bogo Quiere lotodo*. Un mundo en el que las princesas de los cuentos de hadas como Li no quieren casarse con un apuesto príncipe, sino con otra mujer de la que están enamoradas. La receta de Nubeocho pasa por abordar temas como los complejos, la muerte, el acoso escolar o la diversidad mezclando tres ingredientes, según explica Amavisca, editor junto con **Miryam Aguirre**: “el tratamiento literario de los temas, tratados junto a psicólogos y pedagogos, unas ilustraciones muy potentes y el compromiso social”.

Hay más editoriales consagradas casi exclusivamente a valores o emociones, como **Cuento de Luz** y **Babidi-Bú**, y casi todas las grandes firmas han dedi-

cado en los últimos tiempos colecciones específicas para incluir estos temas, desde **Bruño**, **Anaya** y **SM** hasta **Santillana**, que en su colección *Libros para crecer con valores* ofrece tres líneas temáticas sobre ecología, pacifismo y tolerancia y diversidad. Circulan –un vistazo en Internet lo confirma– no pocos libros infantiles con diferentes variantes de un mismo título: *El gran libro de los valores*.

“¿Qué ha sucedido para que las editoriales insistan de este modo en el cruce entre moral y literatura?” –se pregunta en un artículo en la revista especializada *Imaginaria* **Marcela Carranza**, maestra y experta en literatura infantil y juvenil (LIJ). “Algo está pasando en la sociedad, pero particularmente en la escuela, principal comprador de libros infantiles, para que las empresas editoriales apunten sus dardos hacia los valores como una evidente estrategia de mercado”. La demanda de los colegios y la puesta en marcha desde el Ministerio de Cultura de una línea de subvenciones a libros que lleven impresa la etiqueta *con valores* ha reforzado esta apuesta. Y la ha convertido en un arma de doble filo.

“Si observamos la producción de literatura infantil y juvenil, descubriremos

A la izquierda, ilustración de Sonja Wimmer para el álbum *Bogo Quiere lotodo*, un libro sobre la autoestima escrito por Susanna Isern. Debajo de estas líneas, Luis Amavisca y una ilustración de *Sin agua y sin pan*.

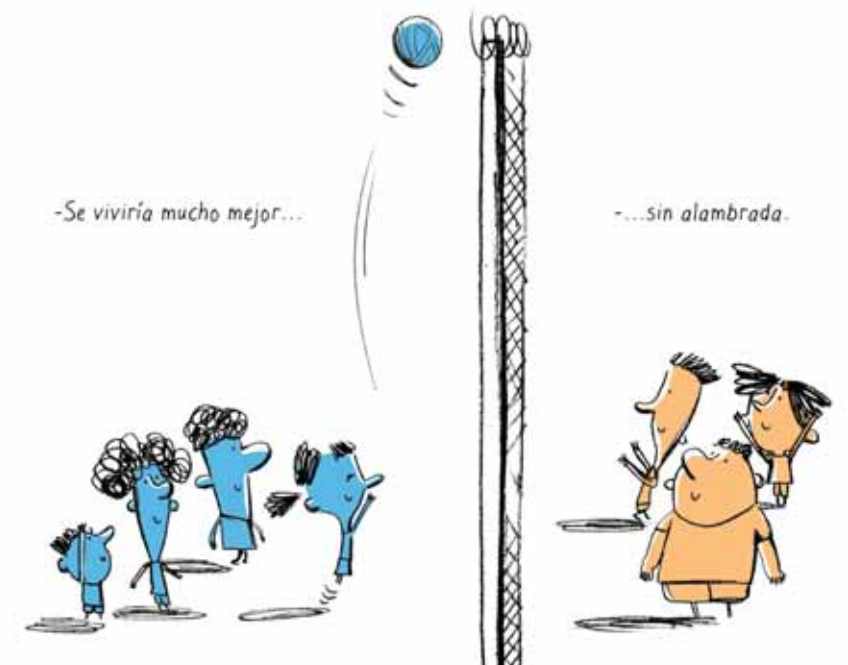
que una parte importante se dedica a la literatura *con valores*, a la literatura que da referencias de comportamiento, que interpreta la realidad y, lo más importante, que hace recapacitar al lector”, asegura la profesora y experta en literatura infantil y juvenil **Ana Garralón** en un artículo en la Biblioteca Virtual Cervantes. El texto, pero también las ilustraciones, animan a los lectores y lectoras más jóvenes a replantearse cosas y a explorar nuevos territorios en su proceso de aprendizaje. Sin embargo, la lectura no obra como una varita mágica que resuelve todos los problemas con un golpe eléctrico de muñeca. El error pasa por que los profesores, bibliotecarios o librerías tomen los libros como si fuesen píldoras milagrosas escogidas de una rebotica para curar males –el divorcio de los padres o la muerte de un ser querido son dos clásicos–, abusando de mensajes unívocos y moralejas inapelables.

“Los libros-receta no suelen funcionar”, asegura la librera **Clara Porras**, de la librería especializada en LIJ *La mar de letras*, en el centro de Madrid. Entiende que se recurra a un libro para abordar un conflicto, porque sirve para hablar de ciertos temas que no es fácil introducir en un diálogo con los pequeños. “A veces tenemos una conversación pendiente con ellos y el libro es el punto de partida. En estos casos, en realidad, son los padres los que buscan el libro”. Para que las enseñanzas calen, el libro debe ser fiel a su esencia literaria. “Los valores hay que ejemplificarlos”. De lo contrario, el menor aparentemente obedecerá ante el mensaje del adulto, pero no habrá servido de nada. “Ellos te contestan siempre lo que tú quieres oír, pero cuando te das la vuelta se está produciendo un caso de acoso en el patio del colegio”.

El tercer punto del decálogo que tiene esta librería sostiene que “un libro infantil no es material pedagógico, sino una obra literaria y artística”. Así, aunque desde las editoriales se han lanzado “líneas muy didácticas para educación en valores en los colegios, que se usan



**LOS LIBROS-RECETA NO SUELEN FUNCIONAR. UN LIBRO INFANTIL NO ES MATERIAL PEDAGÓGICO, SINO UNA OBRA LITERARIA**







Sobre estas líneas, la escritora Mónica Rodríguez, ganadora del XIII Premio Anaya de Literatura Infantil. Debajo, ilustración de Roberto Innocenti con la protagonista de *Rosa blanca*. En la página siguiente, una de las ilustraciones de *Oliver Button es una nena* de Tomie de Paola.



mucho, es difícil que tengan calidad, salvo excepciones”. Otros títulos “menos aleccionadores, en cambio, funcionan muy bien porque, cuanto más sutil y menos directivo sea el mensaje, mejor”.

El tiempo ha ido urdiendo una labor de selección que ha hecho que a estas alturas las estanterías de los negocios y de las bibliotecas estén repletas de buenos ejemplos: la LJJ se ha atrevido con todo, desde el nazismo –caso del precioso álbum ilustrado para jóvenes y adultos *Rosa Blanca*, de **Roberto Innocenti**, en **Lóquez Ediciones**– hasta las consecuencias de un bombardeo nuclear en *Los últimos niños*, de **Gudrun Pausewang**, y *El destello de Hiroshima* de **Toshi Maruki**. Hay superventas que hablan de la tolerancia y la diversidad como *Elmer* de **David McKee**, editado por **Beascoa**. Los hay que hablan de la discapacidad física (*Los cocodrilos del barrio* de **Max von der Grun**, publicado por **Alfaguara**), sobre la pérdida de la madre en *Iliana, la niña que escuchaba el viento* (**Antonia Ródenas** y **Carme Solé Vendrell**, editado por Bruño); o sobre diversidad sexual como el fantástico *Oliver Button es una nena* de **Tomie de Paola**, editado en España por **Everest**. Son solo algunos títulos de una lista infinita. El tema de la inmigración y los refugiados, muy recurrente a causa de la gran crisis de

desplazados actual, fue ya abordado de manera magistral por **Armin Greder** en *La isla*, publicada en Lóquez, sello con un amplio catálogo de títulos que tratan de manera muy interesante este tipo de literatura, a veces mezclando ficción y realidad. Así, *Una vida cualquiera*, sobre las personas sin techo, relata la historia de un hombre –así, sin más, lo llaman– que acaba en la calle, para plantear en una segunda parte una entrevista colectiva de un grupo de niños de un colegio de Villanueva de la Cañada a varios residentes del Centro de Acogida Padre Damián de Cáritas en Salamanca.

¿Pero acaso los valores no han estado siempre en la literatura infantil, desde las fábulas de **Samaniego** a **Pinocho**? ¿No es *El patito feo* un alegato contra la marginación de quienes nacen con un plumaje distinto? Luis Amavisca lo rebate. El mensaje que deja el cuento de este patito diferente es que, al final, la aspiración es acabar resultando bellos. “La literatura clásica está muy bien, pero hay que tener cuidado porque toda obra refleja la sociedad del momento y en la literatura clásica encontramos mucho ma-

chismo o racismo, incluso en obras de **Oscar Wilde** como *El príncipe feliz*, cuya mirada sobre los judíos es terrible”. Por eso este editor y autor considera importante *actualizar* la ficción para niños con relatos adaptados a los problemas y sensibilidades de nuestro tiempo.

La clave –en la teoría están todos de acuerdo– reside en el modo de abordarlo. “Tienes que dar literatura de calidad y enganchar al menor. Puedes contarle una historia de protección medioambiental pero es mejor hacerlo a través de la fantasía y la diversión”, dice Amavisca.

Que la literatura no deje de ser literatura. Que enseñe al niño a buscar sus conclusiones. “No tenemos que pensar

## LOS PEQUEÑOS PUEDEN ENTENDERLO TODO Y TIENEN QUE CONOCER LA REALIDAD PLURAL EN QUE VIVIMOS

que porque sean niños haya que darles todo perfectamente masticado”, previene la bibliotecaria guadalajareña **Aurora López**, que se toma con ciertas reservas la etiqueta de literatura *con valores* y que considera que “se puede hablar de valores incluso leyendo a **Roald Dahl**”. Lo interesante, convienen todos los consultados, es que el cuento para el niño o la novela para los chavales incluya personajes hasta ahora relegados de sus páginas, que la realidad de la ficción no excluya al traspasar el filtro de fantasía la diversidad del mundo real, que sea capaz de abordar con un lenguaje atractivo temas ásperos y crudos como el acoso escolar, el racismo o la guerra.

“El libro no da soluciones, sino que crea una pequeña reflexión en torno a la empatía”, sostiene Amavisca al poner como ejemplo su álbum ilustrado *Sin agua y sin pan*. “En este caso a mí me interesaba explicar que en un campo de refugiados no sólo hay sufrimiento, que allí los niños también juegan y se divierten. Al abordar un tema como éste, no es necesario decirles que hay gente muriendo. Se les puede transmitir el sufrimiento de forma diferente, pero sin dejar de contarles que hay gente que necesita ayuda, porque es mejor eso a que se lo encuentren de pronto en un telediario y entren en situación de *shock*”. A su

modo de ver, “los y las menores pueden entenderlo todo y tienen que conocer la sociedad plural en que vivimos”.

La necesidad de ofrecer una explicación sobre el drama de los refugiados, adaptada a las edades de los chavales, ha generado un repunte sobre este tema en los últimos tiempos. Para los más mayores han surgido también títulos tan diferentes como *Akim corre* de **Claude K. Dubois** (Lóquez), con fabulosas ilustraciones que introducen al joven lector en un campo de refugiados; o como *Alma y la isla*, de **Mónica Rodríguez**, obra ganadora del XIII Premio Anaya de Literatura Infantil y Juvenil. “Los libros que no tienen una moraleja evidente son mucho más efectivos siempre, en niños y en adultos. Si te dicen lo que tienes que pensar no se te queda tan dentro como si hay una historia que te hace reflexionar para llegar a tus propias conclusiones”, asegura la autora de esta novela para jóvenes que aborda el actual éxodo migratorio con un enfoque microscópico pero intenso, centrado en la relación entre un niño de una familia española y una niña extranjera acogida. Mediante un tratamiento narrativo generoso en símbolos y en pasajes líricos, alejado siempre de dogmatismos y mensajes densos, cuenta la

transformación del personaje principal, inspirado en su hija y su reacción cuando acogieron a una niña saharauí.

“Yo sentía la necesidad de escribir esta historia, porque me siento culpable, conmovida y conmocionada con lo que está pasando y creo que es un tema que a los niños les puede interesar. A veces les protegemos en exceso y tendemos a no contarles esa realidad, cuando hay que buscar el modo de hacerlo. Deben darse cuenta de lo privilegiados que son, pero también de las injusticias que hay en el mundo”, explica. A partir de aquí,



mantiene que el mejor modo de hacerlo pasaba por acudir a un planteamiento muy literario, sin abusar de lugares comunes ni buscar atajos simples. “He tenido mucho cuidado al escribirlo, porque es muy fácil caer en la moralina, algo que ensucia los libros”. Los valores subyacen, por supuesto, pero el lector los encuentra

realizando un ejercicio de empatía. “Quería que los lectores se metieran en la piel de los dos personajes, tanto de la niña que llega por mar habiéndolo perdido todo como del niño que acoge”.

“La ficción es el mejor camino para entender nuestro mundo, tal vez sea más largo, pero a través de cosas que no suceden en realidad nos hace sentir

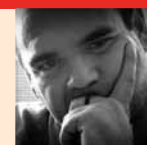
## LA FICCIÓN ES EL MEJOR CAMINO PARA ENTENDER NUESTRO MUNDO

emociones que sí son verdaderas, por eso es un arma tan poderosa”, sostiene la narradora asturiana. “Sin la narrativa o la poesía no seríamos capaces de entender al ser humano, nuestros corazones, nuestras miserias, nuestros secretos”. El libro, en este sentido, es útil no porque contenga unos valores en sí mismo, sino porque conecta los valores de las personas, del escritor y del lector.

Por eso importa sobre todo que en las páginas haya una buena historia que esté bien contada. Tal vez no exageraba esta vez Oscar Wilde cuando dijo que “un libro no es, en modo alguno, moral o inmoral; los libros están bien o mal escritos, eso es todo”. •

## Gente tuentiguán

Necesitadas y generosas



SANTI RIESCO  
@santiriesco

► No sé de qué color son los ojos de **Montserrat**. Tampoco su edad. Al otro lado del teléfono me pareció una mujer de ayer, de hoy y de siempre. Una persona alegre y serena. Consciente. Al principio, se mostró tan educada como reacia. “*Nosotras no tenemos nada que decir*”. Le expliqué que no nos interesaba lo que decían sino lo que hacían, lo que vivían. “*Nos han dicho que habéis abierto vuestra casa a los que no tienen techo para que tengan un hogar. Y que el comedor social, el ropero y las duchas también funcionan en dependencias cedidas por vuestro monasterio*”. Y Montserrat le quitó importancia con la sencillez más pura y un acento aceitunero nada altivo: “*Eso son cosas de Dios, nosotras le dejamos que haga*”.

Quedo con ella y con sus vecinos en el torno de la clausura. Enseguida llegan la directora del hogar, uno de los educadores y **Roberto**. Un gaditano curtido por dentro y por fuera, con

## En el convento, a la presencia habitual de turistas se suma el trasiego de los que nadie quiere

mucha calle a cuestas y dos bolsas repletas de comida. Tras el saludo protocolario de *sinpecadoconcebida*, Roberto se dirige a la madre Monsterrat con todo el cariño y la confianza que le pueden caer a un hombre feliz en el pecho. “*¿Qué pasa, corazón?*”. Los piropos le salen del alma. “*Muchas gracias, bonita*”. Y brota detrás de la celosía, como un manantial cristalino, la sonrisa de la superiora del Real Monasterio de Santa Clara en Jaén. La sonrisa de Montserrat.

Los azulejos que hay sobre el torno, en los que se puede leer el mensaje de **San Francisco**: “Paz y bien”, reflejan una luz de nácar que se cuela por el portón abierto al patio. No hay apenas ventanas en este rincón de la judería con techo de cielo. Es un cuadrado encalado y salpicado de geranios donde se mezclan los móviles de los turistas con la escasa clientela adicta a los dulces del monasterio. A la presencia habitual de curiosos y golosos en el convento más antiguo de la ciudad se suma ahora el trasiego de los descartes, de los últimos, de los que nadie quiere. De los pobres sin votos que han encontrado en estas mujeres enclaustradas a sus hermanas. Necesitadas como ellos, generosas como el Dios de los invisibles al que dejan actuar. •